la madre de las misiones

por i. flores de lemus

LA MADRE DE LAS MISIONES

por

ISABEL FLORES DE LEMUS

Cruz Pro Ecclesia et Pontífice"

Ilustraciones de

MARIA ROSA GARCIA

D.L. GR. 529-97 - ISBN 84-7770-017-6
Printed in Spain - Impreso en España

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ESTAMOS en Lyon, en la mañana del domingo de Ramos, del año 1772.

Numerosos devotos hacen el Víacrucis a lo largo del camino que une la iglesia de san Juan con la de santa Irene. Entre estos fieles van Antonio Jaricot y Juana Lattier. El es comerciante en hilos de seda; ella, hija de un industrial sedero.

Así se conocen. No mucho tiempo después se casan.

VIVIAN felices; pero, en 1793, estalla la revolución en Francia, Antonio Jaricot se alista contra las tropas revolucionarias de la Convención.

Hay una tregua en la lucha. Antonio la aprovecha para arreglar unos asuntos urgentes en su pueblo natal. Cuando ya va a regresar a Lyon, le avisan que no vuelva, pues peligra su vida.

Para ir al lado de su marido, Juana marcha de Lyon a pie, llevándose a sus tres hijitos.

TERMINADA la terrible revolución, vuelve a Lyon la familia Jaricot. Aquí nace, el día 22 de Julio de 1799, María Paulina, la más pequeña de los siete hijos.

Entre los hermanos, Paulina prefiere a Fileas, porque está más cerca de ella en edad, es tan sólo un año mayor, y tiene sus mismos gustos.

—ESCUCHAME, Paulina— dice un día Fileas—. Tengo que decirte un secreto. Quiero ser misionero.

—Y yo me iré contigo— dice Paulina entusiasmada.

—Mira, tú debes quedarte en Francia, porque tendrás que coser la ropa para las Misiones, y habrás de

buscar dinero para enviarlo allá. Serás la madrecita de las Misiones.

LA madre de Paulina es una madre ejemplar que, no solamente envía a sus hijos a colegios religiosos, sino que aprovecha todas las ocasiones para mover el corazón de los niños al amor de Jesús, de los hombres y de la naturaleza.

El día de la Primera Comunión regalan a Paulina un cuadrito, como recuerdo. La noche de ese feliz día, ella, ante el cuadro, promete a Jesús vivir sólo para agradarle como El quiera y donde El quiera.

—Jesús mío— añade— si ves que olvido esta promesa, haz que se rompa este cuadro para recordármela.

Es el mes de agosto de 1814. Lyon arde en fiestas, y la ciudad se engalana para recibir a la Duquesa de Angulema, hija de Luis XVI.

Paulina es una de las veinte jóvenes elegidas para formar parte del cortejo de la duquesa. Nos lo cuenta Paulina: "La visita de la hija de Luis XVI me colmaba de felicidad... Asistí al baile que se celebró en su honor...

"ME vestí con primor para esta fiesta; la falda de mi vestido estaba adornada con flores, y con flores también adorné mis bucles.

"Los murmullos de admiración que oía en torno mío me inspiraron un deseo tal de agradar a todo el mundo que, a partir de esa fecha, todo cuanto hacía no tenía otro objeto que el de ser admirada de las gentes. Me hice más coqueta que nunca".

Un día se cae el cuadrito de la Primera Comunión, y se rompe el cristal. Paulina se estremece, porque recuerda la súplica que hizo a Jesús. Pero no tiene fuerza para cambiar de vida.

Es la cuaresma del año 1816. Paulina va con su hermana Sofía a oír un sermón a la iglesia de Saint Nizier.

Habla el padre Juan Wendel Wurtz, sobre las ilusiones de la vanidad.

Paulina escucha con gran recogimiento, casi sin respirar, porque le parece que el sermón va dirigido a ella.

—CUANDO hayas perdido el tiempo en adornarte y bailar— dice el predicador,— ¿qué te quedará? ¿No sabes que has de morir?

Desde ese día Paulina cambia totalmente. Haciéndose gran violencia y costándole muchísimo trabajo, vence su amor por el arreglo personal, y viste con gran modestia. Tiembla de vergüenza al presentarse así ante la gente.

Casi todos la critican, hasta su misma familia. Muchas amigas dejan de serlo.

Y el demonio sigue empujándola a la vida frívola. Pero el propósito es firme. Paulina deposita ante el Crucifijo sus adornos, vende sus alhajas y transforma las telas preciosas en ornamentos para las iglesias pobres.

EN Saint Vallier, una de sus hermanas tiene una fábrica que da trabajo a centenares de obreras. Paulina les habla de Dios y las enseña a hacer obras de caridad. Todos los viernes, tras rezar una invocación a San Francisco Javier, las obreras entregan cinco céntimos para los niños abandonados de China.

De regreso a Lyon, Paulina reúne a otro grupo de obreras y hace lo mismo que en Saint Vallier. Así funda las "Reparadoras del Corazón de Jesús".

FILEAS, entusiasmado, alienta a Paulina y le escribe diciendo: "que el santo batallón de las Reparadoras debe a toda costa proseguir su ayuda para socorrer con eficacia a las Misiones. Piensa —le dice— que un solo catequista puede bautizar en un año dos mil quinientos niños en peligro de muerte".

Paulina ya sólo piensa en ayudar a las Misiones. Los obreros del Señor derramaban su sangre luchando por la salvación de las almas y era preciso ayudarles, pero ¿cómo hacerlo?

PAULINA tiene diecinueve años. Una tarde del otoño de 1819, mientras su familia y algunos amigos juegan a las cartas, Paulina medita en su idea de organizar una ayuda a las Misiones, con el afán de que el Evangelio de Cristo llegue a todas las almas y así se propague más y más la Fe.

De repente, se levanta, coge un naipe de la mesa de juego, y, sobre él, comienza a trazar el esquema de su obra.

AL día siguiente, el padre Wurtz, su director espiritual, la ve llegar, radiante: "Padre —le dice— ya encontré la solución. Veréis mi plan." Y, con el naipe en la mano, Paulina explica: "Es preciso que todo el mundo ayude, y para eso es necesario que sea poca la obligación y pequeño el donativo. Haremos grupitos de diez, y al frente de cada grupo un Jefe, que recogerá las limosnas..."

Y hubo obreras que para pagar los cinco céntimos semanales, usaron cofias negras, evitando así el gasto del planchado de las blancas, a pesar de ser éstas más bonitas. Otras, ahorraron cada domingo el alquiler de las sillas en la iglesia, y oyeron la misa de rodillas en el suelo.

LA primera colecta dio ochenta y siete francos. La Obra de la Propagación de la Fe había nacido por obra del amor de una joven de diecinueve años.

La simiente era pequeña, el árbol creció, y sus ramas sombrean al mundo. El proyecto de Paulina Jaricot es ahora una Obra de la Iglesia, una Obra Pontificia. Aquellos ochenta y siete francos primeros se han convertido en sesenta y un millones de pesetas, aportados por todos los católicos del mundo.

Y sin haber cambiado nada de lo ideado por Paulina. Cada asociado tiene solamente la obligación de rezar cada día un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, y la jaculatoria: "San Francisco Javier, rogad por nosotros"; y abonar la cuota anual de cinco pesetas.

LAS cartas que se recibían de las Misiones, las reunía Fileas, y Paulina, después de copiarlas, las repartía a todos los que formaban la Obra de la Propagación de la Fe. Son los primeros "Anales".

Y la obra se extiende. Pero, precisamente porque es obra de Dios, el demonio desencadena sus ataques contra Paulina. Y le quitan la dirección de la Obra por ella ideada y fundada con tanto cariño y tanto esfuerzo. Paulina acepta la prueba.

EN 1825, el Papa León XII exhorta a los obispos y a los fieles a unirse en una campaña contra los libros malos. Paulina, ferviente devota de la Virgen, funda una asociación en la que cada uno de los miembros reza todos los días un misterio del Rosario y contribuye con cinco francos anuales. El importe de lo recaudado sirve para comprar libros buenos, y propagarlos.

TODAVÍA no le parece bastante, y funda la Compañía de María. Paulina deposita las llaves de la casita donde viven en manos de la Virgen. Y, en el comedor, dejan a la Virgen su sitio, en la presidencia, y le sirven como si estuviera presente en persona. Terminada la comida, le dejan también la décima parte de las limosnas recogidas.

Después esa parte de la Virgen se entrega, en nombre de la Madre de Dios, a una familia necesitada.

No descansa. Ahora escribe un libro sobre "El amor infinito en la Divina Eucaristía".

TODO lo que es necesidad humana y preocupación de la Iglesia obsesiona a Paulina.

Ve con amargura la situación angustiosa de los obreros parados de Lyon. Y piensa que, para remediarla, no basta la limosna, es necesario crear puestos de trabajo. Para ello, entrega Paulina toda su herencia. La pierde, y se ve obligada a mendigar su sustento. Pero ni se queja, ni se acobarda. "Cuanto más fuerte es la corriente, hay que remar con más brío", dice.

En 1842, monseñor Forbin Janson acude a Paulina para que le oriente en la fundación de una obra de apostolado misionero entre los niños. Ella lo hace con amor. Y florece espléndida la obra de la Santa Infancia, para el bautismo, rescate y educación de los niños infieles, mediante la oración y el pequeño sacrificio de los niños cristianos. Como obligación, tan sólo rezar un avemaría y la jaculatoria: "Virgen santísima, ruega por nosotros y por los niños infieles". Como donativo: un céntimo diario. ¿Quién no puede ser misionero?

UN día, mientras Paulina oye misa en la capilla de Nuestra Señora de Fourvière, le llama la atención el fervor de un niño. Al salir, le dice: "José estabas muy atento durante la Misa, ¿en qué pensabas?"

El niño ruborizándose, contesta: "En que cuando sea mayor quisiera celebrarla yo".

Paulina le toma las manos, las aprieta con cariño entre las suyas, y le dice: "Serás sacerdote y misionero. Acuérdate de aplicar tu primera misa por mi intención".

El niño, José Barnier, fue Jesuíta y misionero en Siria, durante veinte años.

LA devoción de Paulina al Papa es muy grande. Nos lo dice ella en la última carta que escribe: "En los últimos días de mi vida, me es dulce deciros, ¡oh, hermanos!, que el consuelo más grande ha sido el de haber estado siempre sometida a la Santa Iglesia, Católica, Apostólica, Romana. El ilimitado amor que el Señor me ha inspirado por la Cátedra de San Pedro es para mí el tesoro más rico y apreciado que he recibido. Me atrevo a esperar que, llevando ante el tribunal de Dios las bendiciones del Vicario de Jesucristo, recibiré la bendición del Supremo Juez."

PAULINA va a recibir pronto su corona. El día seis de enero de 1862, el Capellán le presenta la estola para que la bese. Paulina lo hace, y dice con fe: "Beso esta estola, y a la Iglesia con ella".

Se defiende de las tentaciones del demonio, con estas palabras: "Vete, bestia asquerosa; yo creo y amo, tú, en cambio odiarás siempre".

A las cuatro de la mañana del día nueve de enero, Paulina, después de haber recibido a Jesús, sonríe, extiende sus brazos hacia una imagen de la Virgen y exclama: "¡Madre mía! ¡Madre mía! soy toda tuya".

Miró al cielo, y allí se fue.

SIN duda salieron a recibirla multitud de aquellos que habían sido infieles en las tierras de Asia, de Africa, de América y Oceanía y que, gracias a ella y a su Obra de la Propagación de la Fe, habían conocido y amado a Dios.

Ella, la "madre de las Misiones" te pide que ayudes a la salvación de los mil setecientos millones de personas que aún no conocen a Cristo.

9 788477 700173